

veras que siempre en servir á S. M.; y habiéndolo oído el virrey, agradeció mucho el consejo, diciendo que con mucha confianza se iba; y que del valor de tales capitanes esperaba harían todo lo que prometían, como siempre lo habían hecho, y que cada y cuando se ofreciese necesidad, acudiría con su persona y con las veras que verían, y que les pedía que con la brevedad posible poblasen la ciudad donde tenían tratado y sacasen toda la gente de ella antes que sucediese algún fracaso ó otra mayor aflicción que en la que se vieron, y que no tenían para qué rehusarlo ni que temer á Guzmán, pues todas eran tierras del rey.

Y habiendo concluido y tratado muchas cosas, se despidió del gobernador Oñate y de los demás capitanes, y mandó que los soldados y capitán que allí estaban por D. Pedro de Alvarado, se quedasen allí con algunos españoles, parte de ellos, y los demás se fuesen; y así quedó el dicho capitán D. Diego López de Ayala y Zúñiga; y luego envió á todas las fronteras de Autlán y Tzapotlán y á las demás que Alvarado puso, se fuesen donde quisiesen, con que algunos se quedaron, otros se fueron á México y otros al Perú; y habiendo partido de Etzatlán para México, así que llegó con todo su campo, se le hicieron grandes fiestas y solemnísimo recibimiento, llevando el triunfo y trofeo de los enemigos que llevó presos cautivos, que era cantidad de cinco mil indios, chicos y grandes. Con este castigo quedó la tierra tan pacífica, que hasta estos tiempos no se volvió á alzar.

No cesó el venerable P. Fr. Antonio de Segovia, como tan gran prelado y pastor, de proseguir en el traer al rebaño del Señor aquellas fieras á quienes, á los más de los cuales, había bautizado, no dejando quebradas, grutas, barrancas, peñoles y sierras asperísimas por buscarlos, y como los iba encontrando el santo, les iba reprendiendo, diciéndoles lo mal que habían hecho, y prometiéndoles todo buen tratamiento á todos aquellos que mansa y pacíficamente se volviesen á sus pueblos. Recibíanle de paz los indios y se alegraban con su presencia, porque le estimaban y querían mucho, por lo que en él habían

visto y experimentado del mucho amor que les tenía y la caridad que había usado siempre con ellos, y viendo que sola ella le movía y el compadecerse de sus trabajos, á caminar por caminos tan ásperos y fragosos, á pié y descalzo, padeciendo infinitas necesidades; y así luego vinieron en obedecer lo que el santo religioso les dijo, recogiendo á sus pueblos, y después de dados de paz, se salieron de los breñales y barrancas en que estaban escondidos, y les hizo poblar los pueblos que estaban abrasados con la guerra y reedificar las iglesias, poniéndolos en policía, á que ayudó mucho el capitán y alférez real Hernán Flores, encomendero que era del pueblo de Xuchipila y sus sujetos, donde había catorce mil indios; y después de haberse pacificado y poblado, para la manutención y para más asegurar á los indios, acudieron otros religiosos de la orden de N. P. S. Francisco, que les asistieron.

CAPITULO CXLII.

En que se trata cómo después de la guerra del Mixtón, fué el P. Fr. Miguel de Bolonia al pueblo de Xuchipila, para la manutención de los indios que habían sido alzados y de guerra.

Año de
1542.

El P. Fr. Miguel de Bolonia, que fué uno de los que salieron de México, con el P. Fr. Martín de Jesús para las provincias de Michoacán y Xalisco, donde trabajó infinito, por ser uno de los apóstoles de la provincia de Avalos, Tzapotitlán, Tzapotlán, Tlamatzolan y Tuchpan, en las cuales no fué el que menos trabajó, convirtiendo muchos infieles á nuestra santa fé católica, y habiendo sabido del alzamiento general de los indios, que tanto había alterado toda la tierra, y que ya estaba de paz, y lo mucho que había hecho el P. Fr. Antonio de Segovia en la reedificación de los pueblos, en levantar iglesias y reducirlos al trato polí-

tico, dió infinitas gracias á Nuestro Señor y estuvo con gran regocijo en su alma muchos días, y en este tiempo le envió á llamar el P. Fr. Antonio de Segovia, por conocerle que era varón santo y de su mismo espíritu y celo, y habiendo llegado á su presencia, le dijo en el convento de Tetlán, á donde ya estaba, que era cosa muy conveniente y del servicio de Ntro. Señor, fuese á los pueblos de Xuchipila, Nochistlán y á todos los demás, que habían sido conspirados en la alteración pasada, y que les asistiese para su consuelo, y en particular á los que eran bautizados y eran ya cristianos, y para que predicase, catequizase y bautizase á los que no lo eran, pues el hacer esto, era tan del servicio de Dios y bien del reino; y habiendo oído estas palabras el bendito P. Fr. Miguel de Bolonia, respondió que estaba presto de obedecer, y le pidió le echase su bendición, con la cual en el nombre de Dios, á pié y descalzo, cogió su camino para Xuchipila, donde habiendo llegado, trató luego de su ministerio, y pasados algunos días, subió á las serranías, en las cuales andaban desparramados muchos indios hechos salvajes, que, por ser chichimecos, no reconocían puesto, y otros que desde el alzamiento habían quedado rezagados, y con palabras amorosas y tiernas, los abajó á todos y congregó en el pueblo de Xuchipila, que le había dado Dios mucha gracia para esto, y en particular don de lenguas, porque fuera de la suya materna y la latina, en que era muy elegante, sabía la española y la mexicana, tarasca, caxcana, tequexa, othomita y la tcanica en las cuales con sus admirables sermones, convirtió á la fé de Ntro. Señor Jesucristo innumerables pueblos, y desterró la idolatría de muchas naciones.

Desde este pueblo de Xuchipila, administraba más de cincuenta leguas de largo y cuarenta de ancho, á todos los indios que en ella se contenían, andando siempre á pié, con un bordón en la mano y un poco de maíz tostado para comer, que éste era el mayor regalo de que usaba para el sustento de su trabajado cuerpo, porque de allí iba á Nochistlán, Xalostotitlán, Theocaltech y todas aquellas provincias, y volvía por Xalpa, el Teutl, Tlaltenango, sierra de Tepec, hasta llegar á Tzacatecas,

en cuya demarcación había infinitos pueblos y gentes, y de allí daba otra vez la vuelta de Xuchipila, para acudir á la manutención de aquellos indios y cobrar aliento para volver á salir por otra parte; que en aquel tiempo, por ser pocos, los religiosos tenían siempre este continuo trabajo; y habiendo fundado el convento del pueblo de Xuchipila, fundó á su lado el hospital, y pareciéndole que no estaba á propósito en aquel puesto para los enfermos que se curaban en él, le mudó el dicho padre al sitio donde ahora está, por ser parte más acomodada, y el sitio primero le dió á un indio porque le ayudaba en la conversión; y fué tan grande el celo de este angel divino, que, como otro apóstol, dejando en esta administración un compañero, pasó de largo buscando nuevas gentes que convertir, donde hizo muy grandes servicios á Dios convirtiendo á su fé santa muchísimo número de idólatras. Todo lo que este siervo de Dios y otros religiosos administraron en aquel tiempo, desde el pueblo de Xuchipila, está dividido ahora en tres guardianías y seis beneficios que la religión dejó á los clérigos: las guardianías son Xuchipila, el Teul y Chimaltitlán, ésta en la sierra de Tepec, y hoy es administrado de los religiosos de la provincia de Tzacatecas; y los beneficios son Xalpa, Tlaltenango, San Cristóbal, Teocaltech, Nochistlán y Xalostotitlán, con todos sus pueblos y visitas.

Andando el tiempo, sucedió que en este pueblo de Xuchipila, á una india principal, mujer de un español buen cristiano llamado Hernando Alonso, la dió una enfermedad que duró tres ó cuatro meses, y al cabo de ellos, estando ya muy flaca y debilitada, después de haberse confesado con un grande y ejemplar religioso, llamado Fr. Gaspar Rodríguez, de cuya mano recibió el Santísimo Sacramento del Altar, la noche que pensaron se moriría, vino á ella la Madre de Dios á la media noche, muy resplandeciente y cercada de santa compañía, y un fraile francisco, alumbrando con una hacha, y habiendo llegado á la cama do estaba la enferma, la consoló diciendo que se esforzase, y le mandó abrir la boca y dió unas cucharadas de cierto licor, diciendo que no la quería llevar hasta pasado un mes, porque

Caso
maravi-
lloso.

mereciere más; y luego desapareció la visión. Fué cosa de maravillar que esta enferma desde entonces tuvo mucha mejoría, y dentro de pocos días se levantó y contó esta visión á su confesor, y al cabo del mes volvió á recaer, como se lo había dicho la Virgen, y habiendo recibido otra vez los sacramentos, la llevó el Señor para su gloria.

^{Caso} También sucedió que en otro pueblo, visita del de Xuchipila, ^{maravi-}llamado Apozotl, había una india casada, mujer simple y ^{lloso.} buena vida, á la cual había confesado el dicho P. Fr. Gaspar Rodríguez, y su marido estaba enfermo de mal de ojos que le duró muchos días, tanto que la pobre mujer vino á cansarse y aburrirse de tan continuo trabajo con la enfermedad tan pròlija de su marido, y un día, haciéndole de comer, yéndoselo á dar con alguna ocasión de descontento y algo desabrida, perdió la paciencia y ofrecióse al demonio, diciendo "¡el diablo me lleve!", y el enemigo malo, que no se descuida, acudió á su llamado, y al cabo de un rato aparecióle en forma de un indio cantero que había pocos días era muerto, y dijo á la india, que estaba sentada junto al fuego, que se levantase y le siguiese, y ella, espantada de ver al que tenía por muerto, quedó medio desmayada, y él se salió á la puerta, y habiendo vuelto en sí la india, volvió á ella y díjola: "Vente conmigo, y si no, ahogarte he," y diciendo esto llegóse á ella y enclavóle á su parecer un hierro por la garganta, con lo cual estuvo fuera de sí más de cinco días sin comer ni beber, de suerte que los de su casa y los vecinos que acudían, no sabían qué remedio hacerla. Esto acaeció lunes de la semana santa, y dijo que la mañana de la Resurrección vió su casilla toda entoldada y aderezada con muchos doseles ó paños de corte, y luego vió venir una procesión muy bien ordenada de mancebos muy hermosos que excedían en hermosura á los hijos de los españoles y traían en medio una cruz muy grande y resplandeciente, y al cabo de la procesión, venía un niño más hermoso que todos, con un libro muy precioso en las manos, el cual se llegó á su lecho y cama, y la llamó por su nombre, y la consoló diciéndole que él era el Te-papaquiltiani, que quiere decir el consolador, y la declaró cómo

el demonio había querido llevar su alma por las palabras que había dicho ofreciéndose á él, y la preguntó si quería que él la llevase en su compañía, y ella respondió que en su mano estaba, y que sería como él lo ordenase, y que le mandó abrir la boca y la quitó aquel hierro que la había dejado el demonio clavado, y luego desapareció toda aquella visión y ella se levantó muy confortada y fué derecha á la iglesia, á donde estaba el dicho Fr. Gaspar su confesor, que en aquella ocasión había ido á visitar aquel pueblo, y le contó con muchas lágrimas lo que le había sucedido, y de cuando en cuando daba grandes sollozos quejándose del dolor de la garganta, diciendo que aquel dolor le había causado el tormento en que el demonio la puso con el hierro que la clavó.

En este año de mil y quinientos y cuarenta y dos, en que el virrey D. Antonio de Mendoza vino á la pacificación de los indios, eran alcaldes de la ciudad de Guadalajara, Pedro de Plascencia y Hernán Flores, y regidores, Miguel de Ibarra y Joannes de Zubia, como parece por un auto del libro del cabildo de la dicha ciudad, que es del tenor siguiente:

"En cinco días del mes de Febrero de mil y quinientos y cuarenta y dos años, estando en el real de Ahuacatlán, Cristóbal de Oñate, gobernador de la Nueva Galicia, dijo: que por cuanto en este presente año no había nombrado alcaldes ordinarios ni regidores, como lo tienen de costumbre en Guadalajara, para que entiendan en la ejecución de la justicia y buen regimiento, por haber estado entendiendo en el asunto de la pacificación de los indios de esta gobernación, que han estado rebelados, y que conviene nombrar alcaldes y regidores para lo susodicho y para el dicho año de cuarenta y dos, que, por tanto, nombraba por alcaldes ordinarios á Pedro de Plascencia y Hernán Flores, y por regidores á Miguel de Ibarra, á Diego de Orozco y á Joannes de Zubia, los cuales hicieron el juramento con la solemnidad que en tal caso se requiere, y fueron recibidos, y luego este mismo día, mes y año dichos, el dicho Cristóbal de Oñate nombró por capitán y alcalde mayor á Miguel de Ibarra para que administrase justicia entre los españo-

les y naturales, y provea y mande lo que convenga, y tenga toda paz, quietud y sosiego la dicha ciudad y sus términos, y conozca de todos los pleitos y causas civiles y criminales movidos y por mover, que acaecieren y sucedieren en primera y segunda instancia; y luego en catorce días del dicho mes, fué recibido por el cabildo, habiendo hecho el juramento.”

Adviértase que Guadalajara siempre tuvo título de villa en las poblaciones que tuvo, así en Nochistlán como en Tlacotlán, hasta este año de cuarenta y dos, que se publicó haberla hecho merced de ciudad S. M., como parece por un auto que, sacado de los libros del Cabildo, dice así:

“En diez días del mes de Agosto de 1542, se pregonó en la plaza de la villa de Guadalajara cómo S. M. tuvo por bien de hacer merced á la dicha villa de nombrarla ciudad, y que de allí adelante sea por tal habida y tenida, lo cual se pregonó en presencia de justicia y regimiento y de muchos (1) Santa Fé y de los más mansos y amigables con los españoles que tenían estas provincias, y de la otra parte del río algo apartados en frente de la ciudad, poblaron algunos indios mexicanos en unas fuentes ó ojos de agua, de los que habían venido con el virrey Don Antonio de Mendoza, y pusieron por nombre al pueblo, Mexicaltzingo; y habiendo pasado algún tiempo, aunque poco, viendo los religiosos que estaban apartados del agua, determinaron fundar de la otra parte, cerca del río á donde agora tiene la huerta el convento, aunque por ser muy enfermo el puesto, por causa de muchos pantanos y ojos de agua que tiene, no hicieron mucho asiento en él y hubo facilidad para mudarle, porque como los edificios de los religiosos eran pobres y humildes, eran pocos los inconvenientes que había para pasarlo á do querían, y así le fundaron un tiro de arcabuz más arriba, en parte más seca y enjuta entre la ciudad y Mexicaltzingo, y se fué obrando en él con más fundamento que antes, y es el puesto donde ahora está, y la puerta de la iglesia miraba á Mexicaltzingo y á Análco, por ser parroquia

Fundación de Mexicaltzingo y del convento de Guadalajara.

(1) Aquí se advierte un claro de dos fojas.

de estos pueblos, quedando la ciudad á las espaldas, hasta que á persuasión de Diego de Colio y otros conquistadores y vecinos de la ciudad, y con gusto de los religiosos y indios, se cerró la puerta que miraba á Mexicaltzingo y se abrió para la ciudad, y el primer guardian que hubo de este convento fué el P. Fr. Antonio de Segovia.

Salían de él los religiosos de N. P. San Francisco á administrar los santos sacramentos á los pueblos de Tlaxomulco, Tonalán, Atemaxac, Tequisistlán, Ichitlán, Tzalatitlán, San Andres, San Pedro, San Martín, San Gaspar, Huentitlán, Santa Cruz, Tzoquipan, Ocotlán, Tzapopa, Xocotlán, Xonacatlán y otros que estaban á treinta leguas de la ciudad y hoy son administrados de clérigos, por haberlos dejado los religiosos.

Cesión de Tonalán y Ocotlán á los religiosos agustinos.

Hecha ya la iglesia del convento, trasladaron á ella de Tetlán los huesos del Lic. Diego Pérez de la Torre, Gobernador que fué del nuevo reino de la Galicia, y los de otros españoles y gente noble, y poco tiempo después fundaron los religiosos otro convento en el pueblo de Tonalán, el cual ya había tenido principio, á donde asistieron los religiosos cuando allí estuvieron los españoles que del convento de Tetlán acudían á consolarlos; pero en esta ocasión se fundó en forma y fueron puestos religiosos en él para que acudiesen á la administración de los santos sacramentos y doctrina de los indios comarcanos, y estuvieron en él religiosos de nuestra Orden hasta que, siendo gobernador de la Nueva Galicia el presidente de la Real Audiencia de la ciudad de Guadalajara, el Dr. Gerónimo de Orozco (á ruego suyo y del obispo que entonces era), el Provincial que gobernaba, dió el dicho convento de Tonalán y el de Ocotlán á los religiosos de San Agustín.

Ha habido en el convento dicho de Guadalajara muchos religiosos muy graves y santísimos y ilustres varones (y muchos de ellos están enterrados en él), que resplandecieron con milagros, como se verá cuando se hable de sus vidas y maravillosos hechos, y de los que se tiene más clara noticia son treinta, aunque ha habido otros muchos.

Autlán. Este año fueron los religiosos de nuestra Orden á Autlán,

porque aunque es verdad que ya antes habían estado allí, fué de paso y no tan de propósito como en esta ocasión, en la cual comenzaron á predicar el Santo Evangelio á los naturales por toda aquella provincia y la de Tenamaxtlán, y el primero fué el P. Fr. Pedro de la Concepción, el cual comenzó á hacer la iglesia, y habiendo ido á Tzapotlán por presidente ó guardián, quedó en su lugar el P. Fr. Angel de Valencia, que fué prosiguiendo con la obra de la iglesia y hacer los arcos de ladrillo, y en su tiempo hubo tan grande enfermedad de flujo de sangre por las narices, que morían cada día veintitres, veinticuatro y más indios, y en toda la Nueva España hubo grandes prodigios, porque este año se vió en toda ella un terrible cometa de extraordinaria grandeza y color; y en Huexotzingo, por el mes de diciembre, se vió otro que tenía tres lenguas de fuego grandísimas, y en Escaputzalco manó una fuente por algunas horas; y el volcán de Tlaxcala echó mucho fuego; y los ríos que de él bajaban corrían muy negros y llenos de carbón; y en México se vió un arco de muchos colores mucho mayor que los ordinarios; y en este reino de la Galicia, en la villa de la Purificación, por el mes de mayo, se vió un cometa de hechura de una espada de fuego, con su pomo y cruz, que, haciendo su curso de Oriente á Poniente, llevaba la punta baja hacia el suelo, y antes de desaparecerse, volvía la punta hacia el Norte con grandísima presteza, echando de sí tanta luz y claridad, que no parecía una estrella; y aquí resultó una gran peste y tan general, que de seis partes de indios murieron las cinco, y fué tan cruel, que de una familia entera no quedaba una persona sola que pudiese cuidar de los enfermos, sino fueron los religiosos de las ordenes de N. P. San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, que en esta ocasión, como en otras muchas, les acudieron como verdaderos padres, porque unas veces acudían á darles de comer, otras á curarles aquella pestilente enfermedad, la cual era tan terrible, que aunque se puso todo cuidado en que acudiesen los médicos, ellos andaban tan preplejos y fuera de sí, que no sabían que hacerse, porque nunca pudieron acabar de entender qué enfermedad era ni de qué

Prodi-
gios y
gran pes-
te. En
todo el
reino du-
raron las
señales
prodigio-
sas dos
años.

procedía. Animábanlos los religiosos consolándolos y administrándoles los santos sacramentos, con tanta caridad, que los que quedaron con vida se la debieron á ellos, como también la salvación de sus almas (después de Dios) los que murieron.

CAPITULO CXLV.

En que se trata de lo que hizo el gobernador Cristóbal de Oñate en el interín que por sus capitanes se mudó la ciudad de Guadalajara del puesto en que estaba, y se fundó y pobló en el que hoy tiene.

Año de
1542.

Mientras se trataba de la nueva fundación de la ciudad de Guadalajara en el valle de Tonalán, cerca de Atemaxac, sacándola del mal puesto que tenía en Tlacotlán, fué el gobernador Cristóbal de Oñate á Compostela, á reparar aquella ciudad, y habiéndola reparado muy bien, luego dió orden de ir á visitar la provincia de Espulchmilco y villa de la Purificación, que estaba pobrísima y muy destrozada de las guerras, y habiendo puesto todas las cosas en orden y buen gobierno, vino á ver la ciudad nueva de Guadalajara en la provincia de Tonalán, y hallóla muy poblada de ranchos y algunas casas de terrado, con que parecía representar ya alguna paz, quietud y sosiego y haber salido de un puesto tan malo como era aquel donde antes estaba.

El gobernador Cristóbal de Oñate estaba muy alegre y contento de ver que los vecinos de la ciudad estimaban el puesto en que estaban, por tener entendido tenían alguna esperanza de quietud y sosiego, y verse allí libres de un puesto á donde tan afligidos estaban por no poder defenderse por su fragosidad y no tener llanos á donde pudiesen valerse de sus caballos para pelear, y que acá los había muy extendidos y buenos, á don-